

Camilo se quiso sublevar,
Hace de esto algunos años;
Tra la la, tra la la,
Hace de esto algunos años...

Entre estos oficiales hallábase también el joven sub-teniente que nos había saludado por la mañana. Estaba muy contento; brillaban sus ojos, trabábasele la lengua, quería abrazar á todo el mundo, demostrar su cariño...

Pobre muchacho! No sabía aun cuán ridícula resulta esa franqueza, esa libertad que con todos demostraba, atribuída por los demás no á la afección y al querer, como él pretendía, sino á la burla y al desprecio. Tampoco sabía, en cambio, que cuando loco de contento se arrojaba sobre el capote y, apoyando la mano en el suelo echaba atrás su larga cabellera negra, estaba extraordinariamente hermoso...

Dos oficiales, sentados en una banqueta, jugaban á las cartas sobre una mesa que habían improvisado con el toldo de una carreta y algunos palos. Escuché con curiosidad la conversación de oficiales y soldados, siguiendo con el mayor interés la expresión de sus semblantes. Pero en ninguno hallaba ni siquiera sombra de la inquietud que á mí me atormentaba. Bromas, risas, cuentecillos picarescos, todo era bulla y algazara, como expresión de la indiferencia hacia el peligro próximo, como si nadie quisiera pensar en que tal vez algunos ya no pisarían más aquel camino.

V

Mis primeras impresiones

A las siete de la tarde, llenos de polvo y fatigados, penetramos por las enormes puertas que guardaban la fortaleza de N... El sol se ocultaba, arrojando sus oblicuos rayos de un color rosa sobre el castillo y las baterías, sobre los pueblos que rodeaban el fuerte, sobre los campos cultivados y amarillentos, y aún sobre las blancas nubes que envolvían las montañas cubiertas de nieve, imitándolas y formando una cadena no menos pintoresca y sorprendente.

En el pueblucho situado junto á las puertas de la fortaleza, un tártaro subido sobre el tejado de una capilla llamaba á los fieles á la oración. Los coristas cantaban ya con su acento duro y enérgico.

Después de descansar algunos momentos y arreglada mi *toilette*, fui á casa de un ayudante de campo amigo mío para pedirle que explicara al general la intención que me animaba. Al pararme en las afueras del fuerte, ví lo que no esperaba... Un precioso coche de dos asientos en que se divisaba un gran sombrero á la moda y en el que se oía una conversación en francés, pasó veloz por delante de mí. Por la ventana abierta de la casa del comandante llegaban hasta mí los acordes de una *Lisenka* ó *Katenka-Polka* ejecutada en un desafinado piano. En la tienda de un vendedor de vino por delante de la cual pasaba, algunos empleados estaban sentados teniendo delante unos vasos de vino y oí que uno de ellos decía á

otro: «Si me lo permitís, os diré que, en cuanto á la política, María Gregorievna es la primera mujer de nuestra tierra». Un judío encorvado, de cara repugnante, cubierto el cuerpo con un abrigo viejo, arrastraba un organillo deshecho y quejumbroso que llenaba con su desagradable ruido aquellos alrededores tocando el final de *Lucia*. Dos mujeres de crugientes faldas, chales de seda y elegantes sombrillas claras en la mano, marchaban con paso menudo por las aceras entarugadas. Dos muchachas, la una vestida de rosa y la otra de azul, estaban en el umbral de una casita coquetona riendo desafortadamente con el propósito de



llamar la atención de los oficiales que pasaban. Los militares, con chaqueta nueva, guantes blancos y brillantes espuelas, transitaban alegres por calles y paseos.

En el piso bajo de la casa habitada por el general encontré el amigo á quien buscaba. Tan pronto como le hube explicado mis deseos, que él creyó fáciles de cumplir, salimos á la ventana, y en aquel punto pasó el coche que yo había visto al entrar en la población. Abrióse la portezuela del vehículo y dió paso á un gran señor, alto, elegante; vestía uniforme de infantería con hombreras de Estado Mayor, y pasó á las habitaciones del general.

—Ya me perdonaréis si os dejo,—dijo el ayudante de campo; —pero debo anunciar una visita al general.

—Quién es?—le pregunté.

—La condesa,—contestó. Y abrochándose la bata corrió precipitadamente escalera arriba.

Minutos después ví en el portal á un hombre de estatura regular, guapo; vestía de americana, sin más insignias que una cinta blanca en el ojal de la solapa. Tras él salieron el Mayor, el ayudante de campo y dos oficiales. La actitud, la voz, los movimientos todos del general mostraban á un hombre que tiene conciencia de su elevado cargo.

—Buenas tardes, señora condesa,—dijo tendiendo la mano por la portezuela del coche.

Una mano pequeña, enguantada, estrechó la que le ofrecían y una cabecita fina y hermosa, con sombrero amarillo, asomó á la ventanilla.

De toda la conversación, que duró algunos minutos, no oí más que la despedida del general al alejarse.

—Ya sabéis que he hecho voto de perseguir á los *infielos*; cuidado con ser uno de ellos.

Del coche salió una carcajada.

—Adiós, querido general.

—No, sino hasta luego,—dijo el general. Y subiendo ya la escalera añadió.—No olvidéis que me invito para la *soirée* de mañana.

El coche se alejó.

«He ahí un hombre, pensaba al dirigirme á mi casa, que tiene todo cuanto ambicionan los rusos: Graduación elevada, riquezas, nobleza... y este hombre, en vísperas de un combate, que sabe Dios el resultado que tendrá, riése con una mujer á cuya casa promete ir á tomar el té al día siguiente, como si él fuese el encargado de la dirección del baile».

En la misma casa del ayudante encontré á un hombre cuya presencia no dejó de extrañarme; era un sub-teniente del regimiento de K..., conocido por su carácter tímido, casi afeminado. Estaba en casa del ayudante de campo manifestando su despecho, su indignación contra aquellas gentes que, según él, se valían de la intriga para evitar que le enviasen á combatir. Decía que era cobarde tal manera de proceder, calificábalo de falta de compañerismo y aseguraba que se acordarían de él. Fijéme en la expresión de su rostro, sin olvidar las inflexiones de su voz, pero me fué imposible percibir en él el menor rasgo sospechoso, convenciéndome de que estaba realmente enfadado y entristecido porque no le dejaban ir á luchar contra los circasianos... Estaba tan triste como un chiquillo injustamente castigado... Me quedé sin comprenderlo.

del destemplado organillo tocando *El soplo de los vientos* ó *Aurora Walser*.

No diré cuáles eran mis pensamientos; primeramente porque me daría vergüenza confesar las negras ideas que agujoneaban mi alma ante el contraste de satisfacción y contento que parecía des-

VI

En plena oscuridad

Las tropas debían salir á las diez de la noche. A las ocho y media monté á caballo y fui á casa del general. Pero suponiendo que éste y su ayudante estarían ocupados, me quedé en la calle. Até el caballo á una reja y esperé, sentado en un margen que formaba la calle, la salida del general y su Estado Mayor para unirme á ellos.

El calor y la claridad del sol habían dejado paso al fresco de la noche y á la luz indecisa de la luna nueva que, rodeada de un círculo mate, se mostraba á la ventana del cielo azul oscuro tachonado de estrellas. En los balcones de las casas brillaban grandes luces, que iluminaban la elegante entrada de los jardines. A lo lejos las blancas chozas, con sus techos de cañas iluminados por la luna, parecían más hermosas y también menos blancas.

Las largas sombras de las casas, de los árboles y de las cercas, caían graciosamente sobre el camino claro, polvoriento... En la orilla del río las ranas cantaban (1) sin interrupción. En las calles se oía ora el paso acelerado ó la animada conversación de los transeuntes ó el galopar de un caballo. De las afueras llegaba el eco

(1) Las ranas del Cáucaso emiten sonidos que no tienen nada de común con el producido por las ranas de Rusia.—N. del A.



prenderse de cuanto me rodeaba; y segundo, porque no hace al caso para el relato de mi historia. Estaba tan absorto en mi meditación que no me fijé en que el reloj había dado ya las once y que el general y su séquito habían pasado por delante de mí hacía muy largo rato...

Todavía se hallaba la retaguardia en la puerta del fuerte, sobre el puente, y era imposible abrirse paso por entre los cañones, carros y carretas de las compañías que se agrupaban y cuyos oficiales corrían dando órdenes en todas direcciones; cuando hube franqueado las puertas, conduje mi caballo al trote por entre la larga hilera de soldados que avanzaban en silencio en medio de la oscuridad y apenas los hube dejado atrás me uní al general, que con su Estado Mayor marchaba á la cabeza de los expedicionarios. Al pasar junto á la artillería con sus cañones alineados, y por entre los oficiales que cabalgaban junto á las piezas, oí una voz alemana de entonación agradable, gritando con una armonía dulce y grave. Esta

voz decía: «Demonio... dadme fuego!» Y un soldado repuso en voz alta: «Chertchenko! el teniente pide fuego».

El cielo comenzaba á cubrirse á grandes trechos de nubes de un gris oscuro, entre las cuales brillaban algunas estrellas pálidas... La luna ocultábase en el horizonte tras las negras montañas que se percibían á la derecha, lanzando sobre la cima una débil luz temblorosa que contrastaba con la oscuridad impenetrable que cubría sus vertientes. El aire era cálido y tan suave que parecía no mover ni la menor hierbecilla ni la nube más ligera, y se hacía tan densa la oscuridad que á la más corta distancia era imposible definir los objetos. A los lados del camino no se veía más que enormes peñascos y sombras extravagantes y si me daba cuenta de que atravesaba un arroyo era por su dulce murmullo y por el frescor del rocío que nos cubría. Ante mí, ví de pronto como una negra cortina compacta, vacilante, y enfrente de ella se agitaban algunas sombras; era la vanguardia de la caballería y el general con su séquito. Una masa tan oscura como la primera, pero más baja, que se movía ante nosotros, era la infantería. Dominaba en el destacamento un silencio tal que se percibían perfectamente todos los sonidos de la noche llenos de encanto y de misterio. Los ahullidos lejanos y quejumbrosos de los chacales parecidos á desesperados gemidos ó groseras carcajadas; el canto monótono y triste de los grillos y ranas, un murmullo indefinible cuya causa no me pude explicar y que cada vez se escuchaba más próximo; en una palabra, todos los rumores nocturnos, apenas percibidos, de la naturaleza que no se pueden comprender ni definir, confundíanse en una melodía grave, hermosa, que nosotros llamamos la calma de la noche. Aquel silencio interrumpíase ó mejor se confundía con el ruido sordo de los zapatos y el crugido de la hierba producido por el destacamento en su lenta marcha.

En filas casi no se notaba ni el ruido de los grandes cañones, ni el sonido de las bayonetas al entrenchocarse, ni las conversaciones en voz baja, ni el relinchar de los caballos.

La naturaleza respiraba belleza y fuerza íntimamente combinadas.

Es poco para los hombres vivir en un mundo tan bello, bajo este inconmensurable cielo estrellado? No basta el encanto de la naturaleza, que es preciso poner en el alma del hombre los sentimientos de perversión, de venganza, de deseos de destruir á su semejante?

Todo cuanto hay detestable en el corazón humano debería desaparecer al simple contacto de la naturaleza, expresión la más exacta de lo bello y de lo justo.

VII

Nace el día y suenan los primeros tiros

LEVÁBAMOS dos horas de marcha y ya comenzaba yo á estar inquieto y adormecido. Entre las sombras se dibujaban siempre los mismos objetos indefinidos. A la misma distancia siempre las montañas y las nubes; cerca de mí la grupa de un caballo blanco que con la cola levantada y las patas traseras esparramadas sostenía á un hombre á quien tuve siempre de espaldas; vestía el traje blanco del *therkes*, sobre el cual llevaba un fusil enfundado dejando ver también el blanco mango de una pistola cubierta por una bordada funda; el fuego del pitillo alumbraba sus rubios bigotes y las manos con guantes de piel de ciervo se arreglaban con frecuencia el limpio cuello. Me acomodé sobre mi caballo, cerré los ojos y permanecí así algunos instantes, hasta que el rumor de algo conocido y ciertos movimientos suaves tornáronme á la realidad. Miré alrededor y me pareció que estaba parado y que la oscura masa que me precedía dirigía sus pasos hacia mí y quise ocultarme. Entonces percibí un continuado rumorcillo, cuya causa no me pude explicar de momento... y era la corriente del agua. Entramos en una garganta profunda y nos aproximamos al riachuelo, entonces desbordado, que arrastraba el agua de las montañas.

El ruido aumentaba, la hierba humedecida era más alta y

espesa, más frecuentes los arroyos, el cielo se cerraba con más rapidez. De vez en cuando iluminábase el fondo negro de las montañas por ligeras lucecillas que desaparecían de súbito.

—Harías el favor de decirme qué significan esas luces?—pregunté á un tártaro que caminaba á mi lado.

—No lo sabéis?—respondió.

—No.

—Son los habitantes de las montañas que atan paja á un madero y después de encendida la agitan en el aire.

—Y para qué hacen eso?

—Para que todos sepan que han llegado los rusos. En este momento están sufriendo horriblemente en el pueblo,—añadió sonriendo.—No saben dónde ocultar sus riquezas.

—Se sabe ya en la montaña que está próximo á llegar el destacamento?—pregunté.

—Cómo no? Lo saben todo... Así son los nuestros.

—Entonces, Chamil se hallará ya dispuesto á la resistencia?

—No,—dijo moviendo la cabeza.—Chamil no se presentará en el sitio de la contienda; enviará á sus subalternos y él con su antejo presenciara el espectáculo desde la más elevada cima.

—Habita muy lejos de aquí?

—No. Ahí mismo, á la izquierda, á unas diez *verstas*.

—Cómo sabes todo eso?—le pregunté.—Acaso has estado allí?

—Sí. Todos nosotros somos de la montaña.

—Y has conocido á Chamil?

—Los soldados no le ven nunca. Está rodeado de cien, de trescientos, de mil hombres que forman su Estado Mayor. Chamil queda siempre en el centro,—dijo con expresión de respeto.

Dirigiendo la vista á lo alto podía verse como el cielo se iluminaba con un tinte blanquecino hacia el Este, mientras la Osa menor descendía en el horizonte. Sin embargo, el sitio por el cual marchábamos estaba muy húmedo y muy oscuro todavía. De pronto, á algunos pasos delante de nosotros, el brillo de antorchas y el silbido de las balas vinieron á romper el silencio de la monótona tranquilidad de la noche; á esto sucedió un gran vocerío. Era el piquete de la vanguardia enemiga. Los tártaros al oír la señal, prorrumpieron en terribles gritos, dispararon al aire y emprendieron la fuga...

Todo quedó en calma. El general llamó al intérprete. Un tártaro con túnica blanca se acercó á él y ambos hablaron durante largo rato en voz baja y con muchos gestos.

—Coronel Khassanov, dad la orden de que avancen los tiradores,—dijo el general con voz entrecortada y lenta, pero firme.

El destacamento llegó hasta la ribera. La enorme garganta de las montañas negras quedaba ya atrás. El día comenzaba á despuntar. El horizonte, en el cual brillaban aun algunas estrellas apenas visibles, parecía elevarse. En Oriente, una luminosa ráfaga llena de vibrante color brilló un momento; un airecillo suave, fresco y oloroso, sopló por el Oeste y la niebla, ligera como un vapor, empezó á elevarse sobre la húmeda ribera.

VIII

Comienza la batalla

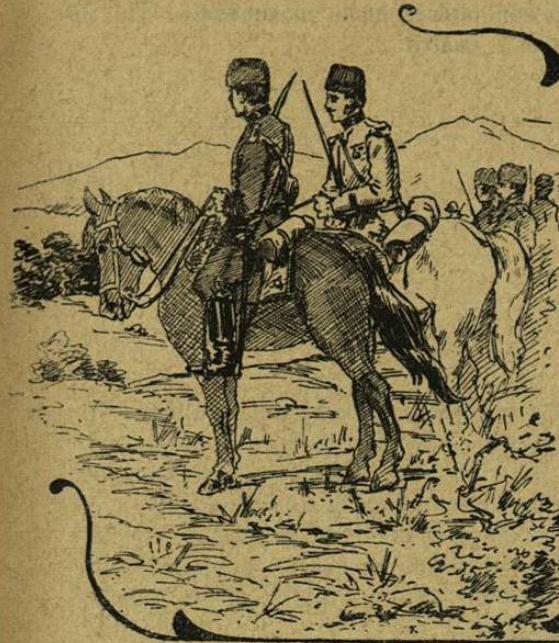
EL guía indicó el camino á la vanguardia de caballería, luego el general y su séquito comenzaron á atravesar el río. El agua llegaba al vientre de los caballos, que chocaban contra las blancas peñas que se elevaban en algunos puntos, y formaba entorno de las patas de los caballos rizadas abrazaderas de espuma. Las bestias, aturdidas por el ruido del agua, levantaban la cabeza con las orejas altas, marchando á pasos acompasados y prudentes por entre la amenazadora corriente. Los jinetes recogían las armas y encogían los pies. La infantería, en camisa, llevaba en un paquete sobre la espalda los vestidos y fusiles, cogíanse por la mano unos á otros en filas de veinte y con esfuerzo que se pintaba en su semblante procuraban vencer la corriente. La artillería, lanzaba á grandes gritos los caballos, que chapoteaban en el agua. Los cañones y carros de municiones, bajo los cuales serpenteaba el río, crugían sobre el lecho de piedras. Por fin, los valientes caballos con la cola y las crines mojadas, salieron del agua y ganaron la opuesta orilla.

Cuando las tropas hubieron atravesado el río, el rostro del general adquirió una expresión pensativa y grave. Volvió su caballo y uniéndose á la caballería salió al galope por la inmensa pradera rodeada de bosques que se abría ante nosotros. Los cosacos dispersáronse por los más escondidos senderos.

En el bosque vimos á un hombre á pie, en traje circasiano y gorra del país; luego un segundo, y un tercero... Un teniente murmuró: «Esos son tártaros».

A través de los árboles se levantó una nubecilla de humo... un tiro... otro... Nuestros repetidos disparos ahogaban los del enemigo. Pero las balas con su prolongado silbido, semejante al vuelo

de una abeja, corriendo hacia nosotros, demostraban que no todos los tiros salían de nuestro bando. Marcha la infantería precipitadamente... La artillería al trote se extiende en línea de combate. El estampido del cañón, el sonido metálico de las granadas, el ruido de los disparos, el traqueteo de los fusiles al recibir la carga, todo se oye en horrible confusión. Caballería, infantería, artillería extiéndense á los lados en una



gran esplanada. El humo de los cañones, de las ametralladoras, de los fusiles, se confunde con la verdura toda cubierta de rocío y con la húmeda neblina.

El coronel Khassanov corre al galope en busca del general.

—Excelencia,—dice llevándose la mano á la gorra.—Ordenad el avance de la caballería; se divisan *señales* (1).

Y con la mano extendida designaba algunos tártaros á caballo delante de los cuales dos hombres cabalgaban sobre blancas mon-

(1) Las *señales* tienen para los montañeses casi la importancia de una bandera, con la sola diferencia de que cada *djiguita* puede fabricarse una señal especial y enarbolarla.—N. del A.

turas, ostentando dos palos en cuya punta dos trozos de tela, roja y blanca, servían de juguete al viento que producía su veloz carrera.

—Con la protección de Dios! Ivan Mikhailovitch...—dijo el general.

El coronel hizo dar media vuelta á su corcel y esgrimiendo la espada gritó: Hurra!

—Hurra! Hurra! Hurra!—repitieron de todos lados mientras la caballería volaba tras él.

Todos contemplaron con interés aquel movimiento... He ahí otro banderín... dos... tres... cuatro...



IX

Termina la batalla

EL enemigo, sin esperar un nuevo ataque, desapareció entre el bosque y desde allí comenzó el fuego de fusilería. Las balas silbaban sin interrupción.

—Qué admirable golpe de vista!—dijo el general montando á la inglesa sobre su caballo de finas patas.

—Encantador!—repuso el Mayor, y achuchando á la bestia se colocó al lado del general.—Es hermosa una batalla en un país tan bello!

—Y sobre todo cuando se está bien acompañado,—repuso el general con amable sonrisa.

En aquel mismo instante una bala enemiga cortó los aires con su silbido rápido y fué á chocar contra algún cuerpo. Detrás nuestro se oyeron los gemidos de un hombre herido... Me impresionaron hondamente aquellos ayes y para mí perdió todo su encanto el espectáculo guerrero que ante nosotros se desarrollaba. Mas, al parecer, nadie se dió cuenta del hecho. El Mayor parecía reír aun con más satisfacción; un oficial continuaba indiferente su charla; el general miraba hacia el lado opuesto y sonriendo tranquilamente pronunció algunas palabras en francés.

—Dais permiso para contestar á sus disparos?—dijo agitándose sobre su caballo el jefe de la artillería.

—Sí, dadles un buen susto,—contestó impasible el general, encendiendo un cigarro.

Avanzaron las baterías y comenzaron el bombardeo. La tierra se estremecía á cada disparo, el fuego brillaba sin cesar y el humo que ocultaba las piezas y los artilleros nos cegaba por completo.

Terminado el bombardeo del pueblucho, el coronel Khassanov pide nueva licencia al general y se lanza al asalto. Grandes gritos de guerra atruenan el espacio y la caballería desaparece entre la nube de polvo que levanta.

El espectáculo era verdaderamente grandioso. Mas para mí, que ni intervenía en la acción ni estaba acostumbrado á ello, había en la batalla un *algo* muy reprochable, contra la opinión general: la alegría y los gritos que lanzaban los soldados me parecían cosa superflua.

Involuntariamente los comparaba á un hombre que, esgrimiendo un hacha, pretendiera cortar el aire.



X

La entrada triunfal

Las tropas habían ya conseguido apoderarse del pueblucho; pero los enemigos no estaban ya en él cuando el general, con su acompañamiento entre el cual figuraba yo, se posesionaba del lugar conquistado.

Las casas altas, limpias, con sus tejados cubiertos de musgo y sus esbeltas chimeneas, habían sido construídas sobre un terreno pedregoso y desigual por el que atravesaba un riachuelo. De un lado se veían los huertos iluminados por la luz del sol con sus enormes perales y ciruelos. Del otro, dos cosas extraordinarias: unos muy elevados peñascos que sirven de límite al cementerio, y unas largas astas de madera con banderas y banderines acribillados, que dan sombra á los restos de los *djiguitas* muertos.

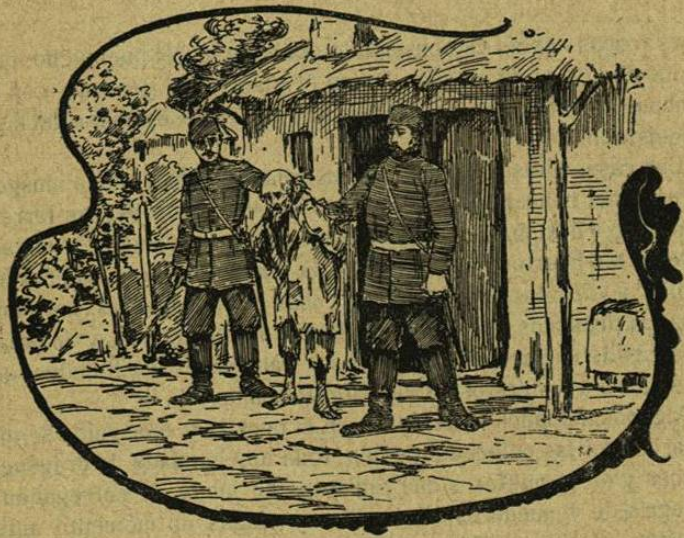
Algunos soldados alineáronse en el portal, y enseguida se dispersaron, por las calles del pueblo, toda una bandada de dragones, cosacos y otros militares que radiantes de júbilo se entregaban á su alegría de vencedores. Las calles y plazas un momento antes desiertas, volvían á poblarse de gente... Aquí se hundía un tejado, golpeaba allá el hacha la madera resistente y una puerta caía hecha pedazos por la fuerza del hombre. Más lejos las llamas devoraban un granero repleto de heno, un pajar, una choza y columnas de humo envenenaban el aire. Acullá, un soldado arrastraba un saco de

harina y una alfombra; otro, de cara alegre, llevaba al hombro un cubo de latón y un paño. Este, con los brazos abiertos, procuraba coger dos gallinas que cacareando huían. Aquel había encontrado en un rincón una enorme vasija de leche y después de beber cuanta quiso arrojaba el pote al suelo prorrumpiendo en estridentes carcajadas.

También se encontraba en el pueblo el batallón con el cual había yo abandonado la fortaleza de N... El capitán, sentado en medio de una plazoleta, echaba bocanadas de humo de su pipa repleta de tabaco de la peor especie, con un aire tan indiferente que al verlo se olvidaba uno de que estaba en un pueblo enemigo, creyendo hallarse en su propio país.

—También estáis vos aquí?—exclamó al verme.

La gallarda figura del teniente Rosenkrantz se dejaba ver en todas partes, recorriendo sin cesar el pueblo. Sin detenerse, daba órdenes, con el aspecto de un hombre muy ocupado. Como César triunfante, salió de una casa seguido de dos soldados que conducían maniatado á un enemigo anciano. El tártaro, que por toda vesti-



dura llevaba una camisa harapienta y un pantalón lleno de remiendos, se hallaba en un estado tal de debilidad que sus delgaduchos brazos sujetos á la espalda parecían romperse y las piernas arquea-

das y desnudas apenas si podían sostenerle. Su cara y parte de la cabeza que llevaba afeitados dejábanle al descubierto profundas cicatrices; la boca era deforme, desdentada, rodeada de blancos y recortados bigotes y lengua barba; sus mandíbulas agitábanse sin cesar como si comiera algo. Mas en sus ojos enrojecidos, desprovistos de pestañas, brillaba una luz singular que demostraba su indiferencia por una vida que otros tanto apreciaban.

Rosenkrantz preguntábale, por medio del intérprete, por qué no había huido con sus compañeros.

—Dónde ir?—dijo con aspecto tranquilo.

—Dónde estén los otros,—objetó alguien.

—Los *djiguitas* salieron á batirse con los rusos, pero yo soy muy viejo.

—No tienes miedo á los rusos?

—Qué me harán? Soy muy viejo,—dijo, dirigiendo la vista con tranquilidad al círculo que se formaba alrededor suyo.